Palma

MELANCÓLICAS



JOSÉ PALMA

JOSÉ PALMA

MELANCÓLICAS

COLECCIÓN DE POESÍAS

CON UN PRÓLOGO DE C. A.



MANILA
LIBRERÍA MANILA FILATÉLICA
Calle Soler, n.º 929, SANTA CRUZ
1912

BARCELONA
IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª, EN COMANDITA
CALLE DE CÓRCEGA, N.º 348

A la memoria de nuestro querido hermano Pepe:

Manuel y Rafael Palma.

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO

En trescientos años de dominación española, la producción poética en castellano de Filipinas no tiene punto de comparación, en número y calidad, durante igual período, con las de Cuba y Puerto Rico. No es calcular al modo de que habla Valera. Quedan incluídos todos los *dii minores* en tal estimación. ¿Acusa ello carencia de genio poético en nuestra raza? De ninguna manera. Unánime es la opinión de cuantos sobre Filipinas han escrito respecto de nuestra disposición congénita para la música, que viene a ser una modalidad de la poesía. Abundan en lengua vernácula versos de fácil rima y bellos conceptos. Los que hayan asistido a nuestros «duplos», que son verdaderos torneos literarios, habrán visto con qué prontitud y agudeza se enzarzan, lo mismo hombres que mujeres, en disputas casi teológicas, sostenidas rigurosamente en verso. ¿Hay mejor prueba de nuestra «capacidad» poética que esos «kundímanes» y cantos de mar — sabiamente estudiados por nuestro compatriota D. Epifanio de los Santos y Cristóbal —, en los que el alma popular ha cristalizado sentimientos e ideas de subido valor poético?

Tenemos que atribuir a otros motivos la pobreza y exigüidad de nuestra cosecha poética en castellano. Los principales son, a nuestro juicio, de orden social y educativo. Los indígenas formaban una población aparte, ayuna, en general, de toda cultura literaria, o, si se quiere, de formación literaria escasa y deficiente. Acostumbrados a pensar en nuestros dialectos respectivos, maltratábamos lamentablemente — y seguimos maltratando — el idioma castellano, tan distinto de aquéllos en su morfología. Usábamos del idioma oficial por pura necesidad o por mero contagio, y el desconocimiento de la lengua era la dificultad principal para la manifestación poética de nuestros sentimientos e ideas. A consecuencia de lo dicho, faltaba ambiente literario, aun en la misma colonia dominante, compuesta principalmente de empleados, soldados y frailes, por la que pasaban sin gran resonancia los desahogos carminiformes de gente periodista y curialesca y los místicos suspiros de algunos ruiseñores conventuales.

Demás está decir que la preparación colegial era insuficiente. Limitábase ésta, en lo que a las letras atañe, a reglas elementales de retórica y métrica y a la traducción y análisis *apud veteres* de unas centenas de versos de Homero, Virgilio y Horacio, la relación de los cuales con la obra total de estos autores fué siempre un enigma para los alumnos. Los estudios serios de conjunto de determinada época o determinado autor clásico eran ajenos al sistema de enseñanza entonces en vigor.

Dados estos antecedentes, la aparición de un libro

de versos de autor filipino constituye para nosotros un acontecimiento literario que nos llena de regocijo y mueve fácilmente nuestras manos al aplauso.



Al intentar un esbozo crítico de la obra poética de José Palma, mucho tememos que la memoria querida del amigo muerto, evocada por estas estrofas en que vibra su espíritu «enorme y delicado», embarace nuestra pluma, torciéndola hacia el apasionamiento. Nuestro propósito, sin embargo, es el de ser sinceros e imparciales. Y sinceramente e imparcialmente debemos declarar que nuestro malogrado poeta, además de una decidida vocación literaria, ostentaba una personalidad poética inconfundible, que dió la medida de su vibrante inspiración en su celebrado monólogo hamletiano titulado «En la última página del *Noli me tangere*», no obstante las solicitaciones de diversa índole que le tentaban a seguir «por ignoradas vías». Porque ha de saberse que en el tiempo en que producía estas poesías se habían importado por vez primera a Filipinas algunas muestras de esa tendencia literaria a la que se ha dado en llamar modernismo, pasada entonces de moda en el país de su origen y condenada, «sin el debido proceso de ley», como el modernismo religioso por la célebre encíclica *Pascendi Domini greges.* Manipulado por manos extrañas y trasegado en

extraños vasos, pasó el vino nuevo por la avidez novedadosa de algunos, que no lograron asimilárselo. Es, por lo tanto, ridículo bautizar con el mote de modernistas las poesías a las que un vocablo extraño — no tomado, ciertamente, del famoso glosario de autor anónimo que publicó el entusiasta Leo Vanier — da la apariencia de tales. Y es, además, impropio. Pero la condición de provisionalidad de un nombre, creado por la necesidad expeditiva del momento, lo ha trasmutado en este caso, como por acción prescriptiva, en predicado definitivo y categórico.

Así como así, entre vagos atisbos y vislumbres de la entonces nueva corriente, José Palma conservó su originalidad. Cuenta Epifanio de los Santos que nuestro poeta copiaba pacientemente en un cuaderno los versos de Salvador Rueda, con la «alegada» intención de imitarlos. Hemos releído las poesías que van en este volumen, y no encontramos en ellas ninguna reminiscencia del poeta andaluz ni de ningún otro. El estro de Palma es protoiforme. Unas veces es sencillo y familiar, como en la epístola titulada *En confianza;* otras es suntuoso y sonoro, como en *La Purificación*, y otras tiene una vaga adivinación de simbolismo, como en *El árbol muerto*. Poseía dos cualidades eminentes, entre otras: la brillantez de la descripción y la delicadeza del sentimiento.

Descripción de una mañana luminosa, de una fiesta jovial de la luz, hallaréis en esta estrofa inicial de *La Purificación*, escrita en la adolescencia:

Sobre las cimas que la luz bordea
Con bellos rizos de flotante llama,
El sol arroja su cendal de chispas
Deshecho en flecos que semejan ascuas;
Y al recorrer el piélago incendiado,
Muestra en su rostro plácida amalgama
De sonrisas que bullen resplandores,
De reflejos que en haces se dilatan.

De las noches tropicales en el campo llenas de luna y misterio, cuando rasga el silencio el acorde lejano de una guitarra que acompaña a una voz conmovida, tenemos una imagen bellísima en aquellos primeros versos del *Kundiman*, que dicen:

A los rayos temblantes de la luna
Que entre los claros del mangal se filtran,
Al sonar de la gárrula guitarra,
Cuyas notas el eco multiplica,
Errante en un espacio voluptuoso,
Vagando entre las ondas de la brisa,
Misterios melancólicos de amores
Llora el kundiman.

La Cruz de sampaguitas es una gema preciosa, saturada de honda poesía, que pasa desapercibida a través de la sencillez del relato. «Poesía — dice Ugarte — es todo lo que rima con nuestro imposible interior.» Nuestro imposible interior, al convertir en acto lo que es simple anhelo, al señalar una actuación humana en un fenómeno físico, descubre

un filón subterráneo de poesía. Cuando Rubén Darío dice en su admirable «Sonatina»:

«y en un vaso olvidada se desmaya una flor»,

recordando aquellas palabras de Moreas u otro poeta que no recordamos: «dans un vase une fleur se pame», sólo describe un hecho natural y ordinario. Palma, al contar que el olvido convirtió en amarillas las hojas de la cruz de sampaguitas, rima el estado psíquico de sus personajes con el abandono amarillento de las sampaguitas, atribuyendo a uno y otro una sola causa humana.

Esta misma agudeza de sentimiento, esta que llamaríamos hiperestesia sentimental, se revela en la poesía titulada *De mi jardín*. Nuestro amigo Sumúlong nos llamó la atención acerca de la belleza de esta composición, cuando se acababa de publicar:

Me pides sampaguitas... No te envío,
Porque al ir a cortarlas de la rama
Sentí temblar mis manos y mi pecho
Prensado por la lástima.
No quiero que padezcan esas flores,
Como padece lejos de ti mi alma;
No quiero que, al contacto de mis manos,
Perezcan marchitadas.
¡Que caigan ellas solas!... Yo que siento
Más que nunca mortíferas nostalgias,
No quiero que por mí tengan las flores
Nostalgias de las ramas.

Sólo un poeta exquisito puede atribuir sentimentalidad a las flores, como Mæterlinck acaba de atribuirles inteligencia, y sentir lástima de arrancarlas de su tallo.

No podemos admirar las bellezas de estas poesías sin fijarnos en cada una de ellas.

«The characters of a high quality of poetry are what is expressed *there*. They are far better recognized by being felt in the verse of the master, than by being precised in the prose of the critic», dice Matthew Arnold.

En obediencia a este precepto, dejaremos aquí al lector que paladee por sí mismo la miel híblea de estas canciones reveladoras del alma de un gran poeta, muerto en plena juventud, antes de haber lanzado la nota definitiva de su lira de oro.

C. A.

Recuerdos de San Juan

I

Agazapada en solitaria loma,
Como nido brillante de paloma
Que espera las caricias nocturnales,
De la tarde a la lóbrega penumbra
Una choza de nipa se vislumbra
Cobijada por rústicos mangales.
Allí en redor, en fluctuación galana,
Al retozar la brisa muy ufana,
Desengarza sus rimas más sabrosas;
Allí el misterio sin cesar germina
Y vela bajo el chal de su neblina
Parejas de temblantes mariposas.
Aves de iris en lúbrica parranda,
Van y vienen de nidos en demanda,
Siempre en los picos las hosannas bellas,
Y bordan sus enigmas con colores
Sobre la grana las sedosas flores,
Como bordan su alcázar las estrellas.
¡Mitológico edén! Lánguidamente
Al mirarlo colgaron de la mente
Los festones de luz de una quimera;
Y sintió el corazón febril deseo
Que cayó en él con vívido goteo,
Cual la lluvia feraz en primavera...

II

Y recordé aquel día inolvidado
En que en paraje tal había estado.
Carcomido mi pecho por la pena,
Cuando escuché, como sutil plegaria,
Las notas melancólicas de un aria
Salmodiada con voces de sirena:
—«Venid, venid, los que en arrobos locos
Labráis vuestros días entre focos
De sueño tentador — ¡doloso encanto!—
Yo verteré la copa de mis perlas
Sobre el que quiera con amor beberlas
Para lazar los hilos de su canto.
» Venid, venid, que inspiración os brindo,
Tiernos amantes del sonoro Pindo
Y del Parnaso y la Castalia fuente:
Una mina os daré de poesía
Más sabrosa que néctar y ambrosía...
Yo soy la musa del gentil Oriente. »
Dijo, y la busqué... Nadie: solo estaba,
Pero ardía mi mente como lava
De un volcán en ardiente paroxismo.
Y sentí rebullir los pensamientos
Y trazar en sus varios movimientos
Páginas de ideal romanticismo.

Por eso tornaré... Cuando sombría
La inspiración en mi cerebro un día
Agonice entre escarchas de dolores,
En tus mangales buscaré sonrisas,
Arpegios de oro en tus gimientes brisas
Y perfumes etéreos en tus flores.

1893.

Ilusiones marchitas

I

Fijé en mi corazón tu imagen bella;
Mi amor intenso la cubrió de lágrimas,
Y en breve florecieron en mi pecho
Placeres y esperanzas.

II

Embriagado de amor yo me forjaba
Un porvenir poblado de delicias;
Y tú, amante, pagabas mis ensueños
Con besos y caricias.

III

Ya tan dulces venturas han pasado;
Tu inconstancia mató nuestros amores,
Y mustias, deshojadas van volando
Mis pobres ilusiones.

IV

Cual bajel por las olas combatido,
Hoy tremendas desdichas me quebrantan.
¡Ilusiones del alma deliciosas,
volvedme mi esperanza!

1893.

La cruz de sampaguitas

I

Alzábanse en el cielo
Las nubes irisadas;
La luna y las estrellas
Alegres se mostraban;
La mar suave gemía
En la desierta playa,
Y el aura amor latía
Entre flexibles ramas.
Ella, trémula en brazos
Del que adoraba su alma,
Frases tiernas y ardientes
Juramentos pronunciaba.
Él, tierno, conmovido,
Su lánguida mirada
Al cielo dirigía
En muda oración santa.
Y era todo protestas,
Dulces caricias, palabras
Tiernas, suspiros, besos,
Sueños y esperanzas,
En tanto que en la cima
Del monte una cruz blanca
De frescas sampaguitas
Sobre el azul sus brazos recortaba.

II

Pasaron muchos años.
La juguetona brisa,
En las flexibles ramas
Tristemente suspira;
Las nubes en el cielo
Extiéndense sombrías,
Y el mar murmura airado
En la desierta orilla.
Ella, en eternos lazos
Con su mancebo unida
Olvidó sus promesas,
Ternuras y caricias.
Él, muertos los ensueños,
La esperanza marchita,
Al cielo, melancólico,
De nuevo alzó la vista,
Y vió, herido el pecho
Por traidoras espinas,
Del histórico monte
En la jibosa cima,
Gallarda como siempre
La cruz de sampaguitas;
Mas... ¡ay! sus blancas hojas
Trocó el ingrato olvido en amarillas.

1893.

Las tres oraciones

I

Yo vi con tintas de flotante grana
Matizarse las nubes del oriente,
Con los rumores oí de la mañana
Cantar las aves, rebullir la fuente.

Yo aspiré con fruición dulces aromas
Que la brisa al volar me regalaba,
Y adiviné en la cima de las lomas
Rayo de sol que céspedes besaba.

En la arena ondulosa de la playa
Del mar las huellas contemplé grabadas;
En florecillas de corola gaya
Purezas de pasión vi retratadas.

Y un algo percibí que entre la brisa
Ascendía al sonar de la campana,
Algo como un suspiro, una sonrisa,
« La solemne *Oración de la Mañana* ».

II

¡Señor, Señor! Inmensos son tus dones,
Como inmensa también es tu grandeza,
Y te aman los cristianos corazones
Y nunca sufre su pasión tibieza.

Yo te miro en las nubes gironadas
Cuando mueren la luz y la alegría,
De la luna en las lánguidas miradas
Estática te mira el alma mía.

Yo siento que mi pecho se estremece
Si muere el sol en vagas lontananzas;
Contemplándote el alma se embebece
Encarnado en jirones de esperanzas.

Y por eso, a las santas vibraciones
Que ritma el bronce al decaer el día,
Yo rezo con los píos corazones
La *Oración de la Tarde*, mi alegría.

III

Al sonrís de la luna nacarada,
Al dulce titilar de las estrellas,
Inciensos de plegaria enamorada
Aspiro entre nocturnas flores bellas.

Esa plegaria, ¡oh Dios!, que leda os sube
Con el silencio místico Natura,
Plegaria que al subir de nube en nube
Rasga las sombras de la noche obscura;

Esa plegaria que al volar se enlaza
Con otra más callada y silenciosa:
La que balbuce, ¡oh Dios!, la humana raza,
«La *Oración de la Noche* misteriosa».

1894.

La Purificación de María

Sobre las cimas que la luz bordea
Con bellos rizos de flotante llama,
El sol arroja su cendal de chispas
Deshecho en flecos que semejan ascuas;
Y al recorrer el piélago incendiado,
Muestra en su rostro plácida amalgama
De sonrisas que bullen resplandores,
De reflejos que en haces se dilatan.

El ave grácil, al mirar sus rayos,
Alisa y bate las plumosas alas,
Y derramando fúlgidos alegros
Que entre sus ondas repercute el aura,
El vuelo tiende y los espacios rasga,
De rumores insólitos se enlazan,
Para buscar el nutridor sustento
De los polluelos que en el nido aguardan.

Adorno de los pétalos sedosos
El rocío las flores abrillanta,
Y es cada gota lágrima que late
Colores en que el iris se delata:
Brisa graciosa al retozar recoge
La esencia entre las hojas condensada,
Y con brotes de aromas su homenaje
De amor ofrece a la gentil mañana.

¡Todo se anima! En las desiertas calles
Salem cristiana al despertar se lanza,
Y los pechos barbotan oraciones,
Y los templos de gentes se cuajan.
Al Dios de Sabaoth tres veces santo
Elevan el fervor de sus plegarias,
Tímidas cual el canto del esclavo,
Ardientes como el gozo de sus almas.

Y allá formando encantador conjunto,
Imponiendo respeto a quien repara,
Por una de las calles, tardo el paso,
Una mujer con un anciano avanza:
Ella en sus brazos un infante oprime
Y al suelo incierto la mirada baja;
Él apoyado en báculo florido
Tórtolas bellas en la mano carga.

Al templo santo con unción dirige
El tardo rumbo en placentera calma;
Cada frase es un ritmo de caricias,
Y es música de amor cada palabra;
Los ángeles padecen mil desmayos
Y suspenden las notas de sus arpas,
Oyendo aquellos íntimos coloquios
Que incendios vivos de querer delatan.

Al templo entran. Con místicos chispeos
Ven florecer las luces en miriadas,
Y aspiran el olor de los inciensos,
Y auscultan las tímidas plegarias:

Nada profano aquel misterio turba,
Présago fiel de inspiraciones sacras,
Todo respira prometido goce
Que allá en el fondo resplandece el ara.

Hacia el grupo, con pasos vacilantes,
Encorvada la noble añosa espalda,
Majestuoso, cual cedro, el continente,
Radiante la cabeza con las canas,
Un anciano que lucha con la muerte
Y vence aherrojándola sus garras,
De la devota multitud se sale,
Y, jubilante el pecho, se adelanta.

Toma al infante en los temblosos brazos
Que no sostienen la ligera carga
Y un beso deja en la pequeña frente
Mientras sus labios con amor exclaman:
— «Señor, Señor, tu poderosa diestra
»Abrir ya puede la postrera página
»Del libro de la vida de tu siervo
»Que al niño vió que a los mortales salva.

»Tú, madre sin ventura, cubre el pecho
»De diamantes con cuádruple coraza:
»Puñal impío te herirá la carne,
»Te labrarán mil penas la mortaja.
»Este niño que aduermen tus cantares
»Doquier avivará bandas contrarias,
»Que defiendan sus épicos laureles,
»Que desgarren sus máximas sagradas.»

De rodillas la Madre sobre el suelo
En actitud de arrobo ora y ensalza
Al Dios que cede en túrgidos derroches
Vida a los hombres, a las plantas savia,
Y al sentir en sus venas infiltrarse
El hálito de penas que la amagan,
Al Niño ofrece que nutrió con sangre
De sus nobles castísimas entrañas.

Tú, Señor, recibiste el homenaje
Que de la Madre el corazón quebranta,
Mas pagaste el valor del sacrificio
Con tu piedad deshecha en mar de gracias.
Del alba de tu gloria destrenzaste
Los consuelos en fúlgidas cascadas
Que bañaron con pródigos desbordos
Los corazones y las tiernas almas.

Hoy desata, Señor, también tus dones,
Al conjuro de amor de mis plegarias
Sobre el varón ilustre que sus votos
Conmovido juró delante el ara;
Despliega ante sus ojos las riquezas
Que tu amoroso Corazón derrama,
Y cayendo en raudales de virtudes
Vayan de amor a completar sus ansias.

1895.

Esta poesía fué leída en una velada del Ateneo Municipal de Manila, con ocasión del juramento del glosista P. Diego.

En confianza

(A F... P... leyendo su «Nostalgia».)

Tú la amas y ella te quiere...
¡Felices vosotros dos!
Yo tengo un amor en mi alma,
Y ella no lo sabe, no.
Tú la amas y ella te quiere...
¿Qué más puedes desear?
Yo la amo, y aun no lo sabe:
¡Mira qué infelicidad!
Hoy la llamas amoroso,
Que ella se alejó de ti;
Yo a quien llamar aún no tengo,
No tengo, ¡pobre de mí!
Cual paloma enamorada,
Ella acudirá a tu voz,
Y tu *nostalgia* muy pronto
Huirá de tu corazón.
Y sentirás la alegría,
Y olvidarás tu pesar,
Y vuestros amores luego
Irán a resucitar.
En fin, tienes un paraíso...
¡Eres, más que yo, feliz!
Tal vez, si sientes su ausencia,
Ella siente estar sin ti.

Y mañana más amante
A tu lado acudirá,
En la senda en que la esperas
Regada con tu llorar.
Y la rota melodía
De vuestro canto, otra vez
Irá a fatigar las auras,
Que temblarán de placer.
Entonces, de nuevo unidos,
Tú dichoso, ella feliz,
Seguiréis la jornada,
Volveréis a vivir!
Y a cada suspiro tuyo,
Otro a responder irá;
A cada beso, otro beso;
Al mirar, otro mirar.
Y no habrá una sonrisa
Que, de tu boca al salir,
No tenga como retorno
Otro más dulce sonreir...
Refundidas vuestras almas,
Sin disgustos, sin pesar,
Amándoos siempre... siempre...
¿Qué tendréis que envidiar?
....
....

Pero yo sí... os envidio; que entretanto
Que las notas lancéis de vuestro canto
A la etérea región,
Pobre ave sin amor, siempre errabundo,
Cual loco iré por el erial del mundo,
Deshecho el corazón.

Y aunque sangren mis pies en el camino
¡Ay! nadie acudirá... que es mi destino
Amar y padecer,
Y el que más ama es el que más padece,
Y es más cruel el amor mientras más crece
Dentro de nuestro ser.

Repitiendo mi lloro nota a nota,
Iré, cual otro maldecido ilota,
Buscando soledad,
Para poder en la tranquila calma
Verter todas las lágrimas del alma
Continuo, sin piedad.

¿Quién podrá consolarme en mi retiro?
¿Quién al oir el tímido suspiro
Que exhale mi pasión
Me brindará la dicha y la ventura,
Por refrescar la horrible calentura
Que arde en mi corazón?

¡Nadie, nadie!... Yo estoy solo; olvidado,
Cual hoja que los vientos se han llevado...
¡Ya nadie piensa en mí!
Por eso alguna vez, desfallecido,
Dudo si soy aún o si ya he sido,
Si vivo o si viví...

¡Oh! sufro mucho, mucho. Fugitivo
De todos, y de mí tan sólo vivo
Para mi loco amor;
Por este amor que me desgarra el pecho
Y me tiene las noches sobre el lecho
Insomne y con dolor.

Y aun la batalla, por mi mal, es larga,
Y no puedo luchar con esta carga
Que pesa sobre mí.
¡Por qué no acudirás con tu mirada,
Oh, virgen celestial y enamorada,
Si yo lucho por ti?

¡Ay! no vendrás, que aun el angustiado
Grito de mi pasión no has escuchado,
Porque mi loco amor
No sabe cómo hablarte, vida mía,
No sabe confesarte la alegría
Que alienta en su dolor.

Como la brisa errática y sin tino,
Yo seguiré por mi áspero camino
Arrastrando mi cruz:
Si las penas encuentran recompensa,
Tras esta lucha de dolor intensa
Encontraré la luz.

Y al fin seré feliz. Como tú, amigo,
Tendré mi dicha, encontraré mi abrigo
Contra todo pesar;
Mas si alguno se opone en mi jornada,
Por mí, por mi pasión, y por mi amada
¡Aún sabré luchar!

1896.

Mi regalo de fiesta

(A mi amigo del alma F. A.)

¿Sabes cuál es?... ¡Escúchame un momento!
Con voz muy queda lo diré a tu oído,
Que no lo pueda oir el mismo viento
Que, al refrescar tu frente con su aliento,
Palpita de placer estremecido.
Es muy pobre, muy pobre... casi nada.
Es más bien la fineza de un mendigo:
Una joya sin brillo, desgastada,
Que, por cobrar su luz en tu mirada,
Te la ofrece el afecto de un amigo.
¡Aquí lo tienes, toma!... te lo entrego:
Es este corazón ya moribundo,
Que se agita entre océanos de fuego,
Y que latiendo temeroso y ciego,
Te vió y te amó con un amor profundo...
Es este corazón de fibras rotas,
Anémico y enfermo, siempre triste...
Donde circulan de la hiel las gotas
Y vibran melancólicas las notas
De un mal tenaz que en maltratar insiste.
Es este corazón, que va sangrando
Con la herida brutal de su delirio,
Mi pobre corazón, agonizando,
Mientras va sollozando... sollozando...
Al rudo golpear de su martirio.
Este martirio ha tiempo comprimido
Por inquieto temor a tu repulsa,
Hondo martirio que, a mi ser asido,

Parece con mi vida confundido
Y siempre al lloro y al sufrir me impulsa.
¡Cuántas veces sentí su horrible clava
Golpearme con áspera sevicia,
Y sentí a su furor cómo temblaba
El cielo de las dichas que soñaba,
Como un mundo de luz que se desquicia!
¡Cuántas veces también alzó en mi pecho
La indómita borrasca de la angustia,
Y por las noches le encontré en acecho
Para robar mi sueño, sobre el lecho
En que gemía por mi vida mustia!
¡Ay, no es verdad que brota la alborada
Tras la noche caótica y severa!...
Donde la pena labra su morada,
Allí estará cual víbora enroscada,
Siempre más pertinaz, siempre más fiera.
En vano, muchas veces, temerario,
Intenté refrenar con valla ruda
El cauce de mis penas tumultuario:
No he logrado desviarme del calvario
Donde sucumbo sin piedad ni ayuda.
Ya han hollado mis pies muchas espinas,
Y aunque avanzo llorando en mi camino,
Sólo encuentro doquier sombras y ruinas,
Tristes, como las tintas vespertinas,
Y oscuras, cual la voz de mi destino.
¿Qué me resta sufrir?... En mi amargura,
¿Dónde tender la vista lacrimosa
Sin que encuentre mis propias desventuras?
¡Oh!.. ¿Cómo descansar de esta tortura
El alma que no vive ni reposa?

Sólo tú, sólo tú, virgen del cielo,
Puedes reverdecer mi vida muerta;
Tú regalarme puedes el consuelo,
Y puedes alegrar mi triste duelo,
Y restañar mi herida siempre abierta.
¡Oh!, en ti está mi esperanza; no la mates;
Déjame acariciar mis ilusiones,
Y no me arranques ¡ay! no me arrebates
La dicha que me anima en mis combates,
Y rompe de mi mal los eslabones.
¡Es tan triste sufrir!... es tan sombrío
Batallar con el propio sentimiento,
Que, si no escuchas el acento mío,
Tal vez con la punzada del estío
No me dure la vida ni un momento.
¡Oh! escúchame... ¡Aquí estoy! Solo, perdido
En mitad de mi obscuro derrotero...
Y aunque procuro, loco, dolorido,
Desterrar mi pesar con el olvido,
Ya no puedo luchar... ¡Ámame, o muero!

1897.



El Kundiman

¡Ay de mí si sus ritmos
Llego un día a no oir!
....

A los rayos temblantes de la luna
que entre los claros del mangal se filtran,
al sonar de la gárrula guitarra
cuyas notas el eco multiplica,
errante en un espacio voluptuoso,
vagando entre las ondas de la brisa,
misterios melancólicos de amores
llora el kundiman.

Y es su lloro la dúlcida cadencia
donde el grito de un alma se columpia,
fibra del corazón enamorado
que se revuelve en ansias y torturas.
Es su llanto el sollozo de una virgen,
las febles notas de angustiada música,
triste como el del huérfano gimiente
que amores busca.

Me traen sus melodías mil recuerdos,
y sus sones revelan una raza
ardiente como el sol de los espacios,
tímida cual el ave de las ramas.
¡Cuántas veces, al ósculo sonante
del aura que en las flores se desmaya,
yo percibí, al través de sus arpegios,
rumor de lágrimas!

¡Cuántas veces mis oídos halagaron
las ráfagas vibrantes de sus quejas,
adivinando en cada nota un lloro,
y en cada lloro una escondida pena!
Oleaje rítmico de mar, su acento,
si amores canta, al corazón me llega
y me saben a goces sus acordes,
aunque hablen penas.

Y es que el kundiman, oriental y triste,
cual los bongales de arrullantes hojas,
trae un jirón del pecho en cada rima,
lleva un trozo del alma en cada nota;
en los espacios músicos se funde
con los perfumes que el jardín arroja:
son por eso tan lánguidos los cantos,
que gime o llora.

1898.



En la última página

del NOLI ME TANGERE

Eres el grito del derecho herido,
La encarnación de las candentes lágrimas
Que en la noche sin luz de su pasado
De mi país los ojos escaldaban.

Yo te leí cien veces. Noble amigo,
Hallé siempre, flotando en cada página,
Un paño para el llanto del esclavo,
Para el tirano vengadora tralla.

¡Cómo sentía, al recorrer tus hojas,
Lástima por mi patria esclavizada!
¡Cuál lloraba contigo en mis insomnios,
Y ansiaba, como tú, la luz del alba!

Mas un día... sonaron los fusiles,
Ahogó los suspiros la metralla,
Y, fulminando muertes, al derecho
Pronto abriéronle paso las espadas.

Y tembló la opresión. Himno de muerte
Parecía el rugido de sus armas,
Y en su mismo estertor... ¡ay! frente a ella
Irguióse su conciencia: ¡cuán manchada!

Entonces, al clangor estrepitoso
Que producían, al herir, las balas,
Veía al pueblo defender sin miedo
La idea que tus párrafos inflama.

Veíale surgir grande, potente,
Dispuesto a perecer en la demanda,
A recabar con sangre de sus venas
Su libertad y su honra conculcadas.

Y fué obra tuya, tuya solamente:
Que, sin ti, aun no viera nuestra patria
Roto el dogal que la estrujaba el cuello
Y en sus cielos brillando la alborada.

¡Ah!... mucho hiciste. Verbo del opreso,
Anatema al poder, tus hojas santas,
Al irradiar en los cerebros muertos,
De la opresión libraron una raza.
....
....

Te cierro ya. En la noche de su sueño,
¡Paz al patriota que escribió tus páginas!
Dile que sus hermanos no le olvidan,
Que en cada pecho se le erige un ara.

1898.

Resignación

¡Qué tristes son las horas cuando pasan
En tétrico aislamiento,
Cuando flota nuestra alma en el vacío,
Y vemos el placer lejos, muy lejos!...

¡Qué triste es el vivir entre agonías,
Y, en brazos del silencio,
Llorar siempre, llorar sin esperanza,
Sintiendo en hieles anegado el pecho!...

¡Basta! Déjame ya: no más derrames,
Martirio, tu veneno
Sobre este corazón que, con sus cuitas,
Palpita apenas, desangrado y yerto.

No ciñas más mi frente con espinas,
Maldito sufrimiento.
¡Ya no puedo sufrir nuevas congojas!
¡Ya no puedo llevar dolores nuevos!

Aquí en mi negra soledad, la dicha
No esplende ya hace tiempo:
¡Siempre la noche sobre mí pasando!
¡Siempre el turbión rugiendo en mi cerebro!

Aquí no brotan músicas ni flores,
Ni hay pájaros parleros,
Ni rima aquí la brisa sus cantatas,
Ni se azula jamás el firmamento.

No hay estrellas, no hay luces, no hay aromas:
¡Sólo el dolor tremendo
Que marchita mis dulces esperanzas,
Y roe los capullos de mis sueños!

¡Tan sólo este dolor terrible y grávido
Que de mi lloro acerbo
Es testigo en mis ásperas vigilias
Y en mis horas de angustias y de duelo...!

¡Oh! ya no puedo más. Basta, martirio,
No rasgues más mi pecho:
Yo soy débil, muy débil, lo declaro,
Con tus embates combatir no puedo.

No puedo combatir, porque mi espíritu
Se rinde bajo el peso
De la carga espantosa que le abruma,
Al cruzar por el árido desierto.

¿Qué puede el llanto de una flor sin savia
Contra el furor del viento?
¿Qué puede el alma deshojada y lacia
Contra los golpes que le asestas fiero?

También la dura mole de granito,
Que resiste a los tiempos,
Consigue taladrar el hilo de agua
Que cae en ella pertinaz y lento.

¿Y yo sabré luchar?... No, no resisto:
Cual desgraciado reo,
Sin oponerme a tu furor, sucumbo,
Sin esquivar tus latigazos, muero.

Ya puedes extender sobre mi frente
Tu hálito sangriento,
Y puedes agitarte en mis entrañas,
Ahogar mi alma y gangrenarme el pecho.

Puedes caer en invernal nevada
Sobre mi herido seno,
Y cercenar las pocas ilusiones
Que quedan aún flotando en mi cerebro.

Tus golpes son el beso de la gloria:
Espíritus pigmeos
Con el soplo de tu ira se agigantan
Y llegan a escalar el mismo cielo.

Eres piedra de toque de la vida...
Dolor, ya no te temo:
Para sufrir tu empuje de borrasca
La juventud aun me inflama el pecho.
. . . .
. . . .

¡Ven, aunque tornes mi ilusión en humo,
Y en plata mis cabellos,
Aunque nubles mi rostro con arrugas,
Te bendigo, dolor: ¡a ti me entrego!

1898.

"Anankh"

I

El sol alegre deshebra sus luces,
Las auras vibran preludios tremantes
Y su crátera de aromas punzantes
Abren al aire los bosques en flor.
Música viva las aves sinfonan,
Riman a duo las ninfas azules,
Y son las nubes retazos de tules
Que semi-velan del cielo el pudor.

Dulce coguelmo de fuego tus ojos
El alma incendian, al latir sus rayos;
Besos que portan mieles y desmayos
En nuestros labios crepita el amor.
De los cabellos, que esencia destilan,
En las madejas las manos bucean
Y las palabras músicas chispean
Iris de un cuadro de mago pintor.

Es en el río con seno de guijas,
En la llanada de musgo sedeño
Donde la rosa del cálido sueño
Abre el capullo bañado en rubor.
Y son testigos el éter brillante,
Peces que bailan en las verdes ondas
Y libélulas que en gráciles rondas
Laten las alas de luces en flor.

II

El simoun vibra. Las ráfagas negras
Ciegan los ojos en sangre teñidos,
Baten los nervios de ardor distendidos,
Perinche el aura confuso estridor;
Las chispas surgen de la ingente sombra,
Ruedan los cuerpos macizos en tierra,
Y son el todo en la febrosa guerra
Notas de un himno bestial de furor.

Los estandartes desrizan sus pliegues
Y el plomo ardiendo, que trenos solloza,
Enigma en puntos al pasar esboza,
Surca la tela humoso negror;
Lúxase el hueso, se rasga la carne,
Al bravo reto que en tralla se trueca
Mézclase el grito soez del que impreca,
Júntase el ruido del hurgado hervor.

III

Al fin la noche cubre el spoliarium
En la maraña de inculta arboleda;
Enamorada, tañe el aura leda
Su sistro de hojas con feble rumor;
Bordan el cielo celistias doradas
Y al claror dulce, que apenas alumbra,
Vaga y acecha, oculto en la penumbra,
El centinela con ojo avizor.

De la vigilia en el sacro misterio
Las añoranzas torvas abejean
Y entre las hebras del pecho sestean
En negras bandas larvas de dolor.
Riman los labios en la cartulina
Donde sonríe la imagen amada,
De vivos ósculos la alma balada
De quien envidia a la miel el dulzor.

Una medalla que cuelga del cuello
En una trenza que vibra y serpea,
Cartas en lápiz dó la vista otea
El paraíso que ideó el amor;
Flores y hojas que el color rehuyen,
Que al contemplarlas inoculan frío
Esa... es la rosa que abrió en el río
El lindo cáliz bañado en rubor.

1899.



Tu nido

A mi amigo...

¡Un cuchitril?... ¡Y qué! Con la hojarasca
Que arremolina la sutil ventasca
Y arroja por doquiera
También fabrica el pájaro su nido
En la espesura del ramal tupido
De una fronda cualquiera.

Y allí vive sin penas ni temores
Bebiendo de la luz los resplandores
Y recitando al viento
De sus sueños rosados el idilio,
Cual recita tu voz en el exilio
La oda de un sentimiento.

No le amarga del tedio la cicuta
Ni sus días espléndidos enluta
La sombra de las penas,
Como tú, al lado de su sér querido,
Es el amor el único latido
Con que laten sus venas.

¡Qué importa que a través de la enramada
Estalle la tormenta desgreñada
Si amor rebosa el nido?
¡Qué importan las vorágines sociales
Con su nebloso séquito de males,
Si amas y eres querido?

La cadena de amor siempre es de flores
Y alegrías nos da, nunca dolores:
Cuando las almas laza,
Aquí brota color, luces, sonrisas:
Allí néctar y música de brisas...
¡Es el placer que pasa!

Por eso tu morada envidio tanto...
Tiene, aunque pobre, el juvenil encanto
De vida que alborea;
Encarnación del sueño de dos vidas,
Nunca albergó las sombras homicidas
Que la desgracia crea.

Más que un soberbio alcázar, en que aduna
El lujo y la molicie, la fortuna,
Esplende tu morada,
Porque en ella, al rumor de las caricias
Tentadoras, sonríen las delicias
En perpetua alborada.

En mis horas de fiebre, que son muchas,
En el hervor de las continuas luchas
Que mi espíritu bate,
Cuando me llegan ecos de tu casa,
Incógnito vigor mi pecho abrasa
Que me anima al combate...

1899.

En la hamaca

¿Qué se perdió en el seno del vacío?
¿Qué inquieren sus miradas?
¿Mira acaso a las aves que se esconden
del calor en las ramas?

¿Por la escala de luz de un rayo de oro
retorna quizás su alma
al paraíso reluciente y bello,
su prístina morada?...

La siesta asfixia. El són de los cañales
preludia a la tagala
esa canción de miel que ha desprendido
la ilusión del pentágrama.

Los insectos rebullen en las hojas
sobre el tapiz de grama,
y se aduermen rendidos a los hálitos
de un ambiente de lavas.

El sopor se difunde, derramado
por estivales auras,
y en el lejano término simulan
dorarse las montañas.

Hay vida y poesía en esas horas
en que el calor abrasa...
Pero la virgen tiene en el espacio
inmóvil la mirada.

Hija gentil de una región de fuego,
acaso vuela su alma
por el país de rosas del idilio
cuyo perfume embriaga.

Tal vez sueña en las dulces sampaguitas
cogidas de las ramas
para ser el collar lleno de aromas
en la linda garganta.

La alegre sonatina de los besos
que da el viento a las palmas,
tal vez rima a sus oídos el kundiman
trovado en noche plácida.

Mas ¡quién sabe!... Deshácese la tromba
en aquellas montañas...
y alguien atrae allí el corazón virgen
de la virgen tagala.

En el álbum rosado de la vida
también hay negras páginas
en que se ocultan los ensueños místicos
bajo un velo de lágrimas.

Y mientras sueña en cuerpos que se caen,
se hieren, se desgarran,
en un campo sembrado de cadáveres
y de sangrientas charcas;

vibra la llama estuosa de la siesta,
pasa la brisa cálida,
y murmura en sus notas el prefacio
de algún idilio convertido en drama.

1900.

El dolor que ríe...

(Al garrotillo.)

Tú has matado a mi hijo... Mas no creas
que me rompes así fibras del alma.
Yo sé qué es el dolor... ¡si tiempo hace
que no tengo en mis ojos ni una lágrima!

¿Ves?... Me río, me río... Es risa loca;
risa que me enseñaron noches largas,
cuando, en las sombras negras de su cuarto,
al verle agonizar, agonizaba.

Mi espíritu está seco... Le secaste.
Ya destrozar no puedes mis entrañas.
Tengo más hijos, más hijos... te reto
a que llorar y padecer me hagas.

Sé que es inmenso aún el cementerio...
se perderán sus tumbas ignoradas...
Es mi pecho su solo cenotafio:
¡yo no puedo comprarles ni una lápida!

Maltrátame, maltrátame... Eres fuerte,
débil yo... ¿qué te importa mi desgracia?
Me mira indiferente el mismo pueblo
que a mi lado se ríe a carcajadas.

Como yo, el eterno Rigoletto
que sirve el buen humor como una máscara,
algunas de esas almas dentro lloran;
hay de ellos corazones que desangran.

Y no llaman a Dios... ¿Le llamo acaso?
La nueva sociedad «civilizada»
prescinde de ese Sér, porque no quieren
las conciencias sin luz ningún fantasma.

¡A reir y a gozar!... Esta comedia
no pide más... Si ahora resquebrajas
un trozo de mi sér... ¡lo negro, dentro!
Déjame que me ría a carcajadas.

También se ríe el sol, el sol que tiene
huracanes de fuego en sus entrañas;
y enemigos, cual tú, no le laceran,
y enemigos, cual tú, no le apuñalan.

La Ciencia es nada, pues no te ha vencido.
¡Mito, mito!... Mas ¿qué?, ¿ruedan mis lágrimas?
¡Sí!, la pena... Cobarde, eres cobarde:
¿Yo, débil, y tú, fuerte, y me maltratas?

1900.

Comunión

En el hilo de luz de un sol de fuego,
Del odorante céfiro en las alas,
Nadan las notas de los santos cánticos
Que riman, en la ausencia, miles de almas.

En el hogar

Desde que el sol ardiente
        Rompe en sonrisas
Hasta que en el ocaso
        Se apaga el día,
Hijo, ¡cuántos dolores
        Quiebran mis fibras!
¡Cómo me las desgarran
        Crueles espinas!...

Tengo unas noches negras,
        Negras y frígidas,
Es que no baja el sueño
        A mis pupilas;
Y al cerebro gastado
        Sólo visitan
Añoranzas punzantes
        De muertos días.

¿Sabes?... Cuando, en el huerto,
        La fresca brisa
Cimbrea la hojarasca
        Con sus caricias,
Por ti preguntan todas,
        Todas sus rimas,
Y como jamás te hallan,
        Tristes suspiran.

¡Ay!... tú, frente al contrario
Plomo homicida,
¿Cuándo será que vuelvas
A esta casita?
Mi corazón te busca,
Casi agoniza,
Porque no gusta el néctar
De tus sonrisas.

En estas soledades
No hay más que ruinas:
No hay albores que esplendan,
Ni auras de vida.
Nostálgico martirio
Se hizo la dicha;
Las viejas ilusiones
Leves cenizas.

Hijo, frente a la bárbara
Horda enemiga,
Piensa en lo que padece
Tu madrecita;
Con tus laureles tráeme
Mis alegrías.

1900.



En la trinchera

Arma al brazo, siempre alerta,
Pronto a matar o morir,
Madre, mi madre del alma,
¡Cuán dulce es pensar en ti!

No basta el plomo mortífero,
Que espigando vidas va,
A envolver con su humareda
Los recuerdos del hogar.

La chispa que brota eléctrica
Del fusil o del cañón,
Son para mí de tus ojos
La amorosa irradiación.

Los tronidos de las balas
Que las auras van a herir,
Son el crepitar ruidoso
De tus besos para mí.

¡Ay!... madre, mi dulce madre,
Madre de mi corazón,
En este ambiente de sangre
¡Cómo te recuerdo yo!

Quisiera estar a tu lado,
Quisiera volverte a ver:
De tus caricias de cielo
Siento, como nunca, sed.

Pero... madre, si la Patria
No logra libre surgir
De entre el montón de cadáveres
Y las ruinas de esta lid;

Si la noche se hace eterna,
Si no alborea la luz,
¡Muera yo con mis nostalgias!
¡Muere, con tus penas, tú!

1900.



Celistias

(Al autor de *Los Pétalos.)*

¡Lo olvidaste?... Yo no. Fué cuando triste
Gemías tu «NOSTALGIA»
A los pies del calvario pedregoso
Que a subir comenzabas,
Arrastrando la cruz que te labraron
Una negra crueldad y una falacia.

Entonces, como tú, también a solas
Mi corazón lloraba;
Y para contener la ola de sangre
De aquella herida amarga,
Quise unir mis pesares con los tuyos,
Y juntar con tus lágrimas, mis lágrimas.

Me viste sollozar cabe tu lado,
Y con generosa alma,
Comprendiendo mi pena por aquella
Que ardía en tus entrañas,
Me infundiste «¡VALOR!», y me arrancaste
El nudo que ahogaba mi garganta.

Aquello ya pasó... Nubes fugaces
De sangrienta borrasca,
Se fundieron tus penas cual las mías...
Luminosa alborada
Quebró en iris de dicha en nuestros pechos,
Vertió un beso de luz en nuestras almas.

¡Cuánto tiempo gustando de candentes
Dichas paradisiacas,
Olvidamos que el libro de la vida
Cuenta con negras páginas!...
¡Y es que el ritmo de un beso siempre aturde!
¡Y es que un abrazo virginal embriaga!...

Hoy... ¡ah! de nuevo del placer hermoso
Cortáronse las alas;
La música aromada de una frase,
La eléctrica mirada,
Que incendia de un chispazo los espíritus
Y hace surgir espléndidas las albas;

El idilio de luz; todo ha pasado,
Como pasan las auras...
Y, como tú también, voy yo sintiendo
Que el dios de las nostalgias,
En la aurora, en la tarde y en la noche,
Deja sus besos en mi frente pálida.

Aquel inmenso océano de flores,
Que la senda alfombraban,
Al seguir entre luces y sonrisas
Nuestra feliz jornada,
Hoy que emprendemos solos nuestro viaje,
Son espinas que hieren nuestras plantas;

Las argénteas estrellas que el espacio
De los sueños bordaban,
En edénicos éxtasis y arrobos
Hundiendo nuestras almas,
Ni huella de su brillo nos dejaron
Por una noche de dolor borradas.

¡Todo mudó!... La dicha en desventura,
Las sonrisas en lágrimas,
Las ilusiones todas en recuerdos,
En tempestad la calma...
Sólo algo ha quedado como siempre:
El amor inmortal de nuestras almas.

. . . .

. . . .

Gil, mientras el aroma de tus PÉTALOS
En el ambiente esparzas,
Tendiendo por encima de ese muro
Que pone la distancia
El lazo del amor, suave, infrangible,
Que estrecha más y más vuestras dos almas;

Yo, también desterrado por la suerte
Del lado de mi amada,
Sintiendo, como tú, las mismas penas,
Llorando iguales lágrimas,
Ya que no puedo desgranarla en notas,
Diluiré en mis recuerdos mi nostalgia.

1900.



Himno nacional filipino

Tierra adorada,
hija del sol de Oriente,
su fuego ardiente
en ti latiendo está.
Tierra de amores,
del heroísmo cuna,
los invasores
no te hollarán jamás.

En tu azul cielo, en tus auras,
en tus montes y en tu mar
esplende y late el poema
de tu amada libertad.

Tu pabellón que en las lides
la victoria iluminó,
no verá nunca apagados
sus estrellas ni su sol.

Tierra de dichas, de sol y de amores
en tu regazo dulce es vivir;
es una gloria para tus hijos,
cuando te ofenden, por ti morir.

1900.

De mi jardín

Me pides sampaguitas... No te envío,
porque al ir a cortarlas de la rama,
sentí temblar mis manos y mi pecho
prensado por la lástima.

No quiero que padezcan esas flores,
como padece, lejos de ti, mi alma;
no quiero que al contacto de mis manos,
perezcan marchitadas.

¡Que caigan ellas solas!... Yo que siento
más que nunca mortíferas nostalgias,
no quiero que por mí tengan las flores
nostalgia de las ramas.

Es crueldad separarlas de sus tallos
antes que lo haga el soplo de las auras:
¡quién sabe si en las horas más de vida
que se irán al troncharlas,

esparcirá en redor, en el ambiente
la esencia más sabrosa y delicada
que, formada con mieles de rocío,
en sus corolas guarda!

Deja que vivan!... A nosotros mismos,
a pesar de seguir nuestra jornada,
marchando sobre espinas y entre sombras
la vida nos es grata.

Nada tememos más como la muerte...
Y si tuvieran esas flores almas,
¡quién sabe si sintieran asimismo
temor de verse lacias!

No, ¡déjalas vivir!, que vivan siempre
en su palacio de hojas y de ramas...
que las encuentre allí la mariposa,
su eterna enamorada,

que saluden los ocres de la tarde,
que esplendan con las púrpuras del alba,
que beban del rocío de las noches,
y halaguen las miradas.

Las pobres sampaguitas se resienten
cuando alguien de su tallo las separa:
al hallarse en el pecho o en las trenzas
sufren, se tornan pálidas.

Y cuando están así, ¿qué hombre puede
contener de los ojos una lágrima?
¿Quién no se acuerda de los tristes seres
que mueren de nostalgia?...
. . . .
. . . .

1900.

Dos pensamientos

I

En esta noche sombría,
¡Oh Patria de mis amores!,
Yo lloro con tus dolores
Y sufro con tu agonía.
Podrá la borrasca impía
En sus ondas sepultarte,
Pero yo nunca olvidarte
Porque mis delirios son:
Tenerte en mi corazón
Y vivir para adorarte.

II

Hoy brotan mustias del cielo
Nuestras dulces alboradas,
Porque están ensangrentadas
Las pampas de nuestro suelo.
Cuando en su versátil vuelo
El aura llegue al ramaje,
En su trémulo cordaje
Suspira insólitas penas,
Y ¡ay! que es ruido de cadenas
Ese ruido de follaje.

1900.

De un álbum

Para mis versos, la página postrera;
Es honra bastante el último rincón:
Gemas cloróticas de enfermo corazón,
No tienen iris ni olor de primavera.
¿Cómo ponerlas entre esos cuadros bellos
Donde sonríe la magia de Luzón,
Entre esas rimas que fermentan pasión,
Miel, luz, aromas, sonrisas y destellos?
No van guijarros entre preciosas piedras,
Nunca se juntan la pena y la ilusión:
El astro arriba, en la azúlea extensión,
Siempre en el suelo arrastrándose las yedras.
¿Qué contarte? ¿Que eres buena? ¿Hermosa o inteligente?
Jamás he aprendido cómo se dice una flor.
Soy joven; mas todavía no he puesto mis plantas
En los tapices de seda de ningún salón.
Si fuera poeta... acaso trovas te regale
Que sepa mover placeres en tu corazón;
Pero no lo fuí nunca: para mi alivio, sólo
Rimo cantos a mi Patria, mi madre o mi amor.
¿Mi madre?... ¿Qué te importa ella?—¿Mi amor?—Sueño y fiebre
¿La Patria?... ¡Oh!, la Patria? ¿Puede bramando el ciclón
Entre ruinas y tinieblas inspirar canciones
Que no sean penas, muerte y llantos de dolor?
No es eso lo que me pides.— Quieres algo alegre
Que lleve de nuestras auras el vago rumor.—
No sé si podré... Mas tomo entre mis rimas viejas
La menos flebil y anémica y marchita canción.

HIMNO AL PÁSIG

En tus entrañas se ha sepultado
La azul leyenda del tagalismo.
¿Eres eterno? ¿Eres el mismo?
¡Ave, *Nuno* sagrado!

I

Mientras tus aguas trazando curvas iban a los mares
Desde tus márgenes te han saludado nuestros palmares.

II

Abandonando el lecho de flores de ignotas frondas
«Tigmamanukin» su azul plumaje miró en tus ondas.

III

Hoy nuestras vírgenes para bañarse a buscarte van
¿Gozó asimismo de tus caricias «Kalañgitán»?

IV

Ayer llevaba entre las algas arenas de oro;
Hoy nuestros ojos en vano buscan ese tesoro.

V

Místicas noches entre sus sombras han escondido
De los «kundiman» el melancólico, dulce latido.

VI

«Baguios» intensos han arrancado de tus riberas
Los ataúdes de los «anitos» de tus playéras.

VII

Expiar no suele ya del «balangaw» la alta escala
Y tu oleaje cesó de hablarnos del gran «Bathala».

VIII

De los «balañgay» que en ti corrieron no hay memoria
Se fueron todos. También se ha ido toda tu gloria.

***

En tus entrañas se ha sepultado
La azul leyenda del tagalismo
¿Eres eterno? ¿Eres el mismo?
¡Ave, *Nuno* sagrado!

***

Terminó el canto. ¿Te agrada? ¡Dios lo quiera!
Es flor clorótica de enfermo corazón.
Por eso se abre en la página postrera;
Le es honra bastante el último rincón.

1900.

El árbol muerto

Se ha cumplido la ley: viento alocado
Azotó sin piedad las viejas ramas,
Y el árbol cayó al suelo
Sobre triste sudario de hojas pálidas.
Está desnudo el árbol: ha rendido
Al ósculo glacial de la ventasca
Su follaje sonoro,
Como el dulce cordaje de las arpas,
Y sus flores de cálices sedeños
En que hallaban su tálamo las hadas...
¿Volverá a alhajarse el árbol roto
Con su crujiente velo de esmeraldas?
¿Retornarán sus yemas a besarse
Con el fulgor del alba?
¡Oh, no! Jamás lo muerto resucita,
Ni devuelven las aguas
Lo que cae empujado por su sino,
En las hondas entrañas...
¡Transformación no más!... Nunca retorno
Al primitivo ser... Cuanto naufraga,
Cuanto vuela al abismo, evoluciona
Sin volver de la nada...
Y así, por esa ley ineludible,
La selva inmensa que se hundió, se cambia
En carbón mineral, y el carbón luego
En el calor, que es hijo de la llama.

¡El árbol está muerto!... De sus frondas
Ha terminado de vibrar el aria
Y en los surcos de la tierra
No queda ni vestigio de sus galas...
¡El árbol ha caído!
En el desierto
Su rumor resuena y se dilata...
Es la canción del hacha,
Del hacha que se acerca
A transformar las esparcidas ramas
En cunas deliciosas,
En funerarias cajas...

1900.



Crisálidas

Bajo tendales de flores
Crisálidas hay hermosas
Que, soñando con las rosas,
Perecen del sueño de amores;
En idilios seductores,
También soñando ignoradas,
Hay almas apasionadas
Que en lucha de amor padecen,
Y en el misterio perecen
Tristes, lánguidas, calladas.

1900.

Minuit

Es Termidor. La sangre burbujea,
Y hay fuego de cenit en las entrañas...
Nadie detiene esa erupción que ansía
Acabar con los pueblos y las razas.
¡Exterminio, exterminio! — Es lo que pide
La nueva humanidad bestializada,
Que prosigue el camino de los tiempos
Vibrando los espasmos de la rabia.
Hay que sembrar escombros por doquiera,
Muerte, devastación, incendios, talas,
Los frutos ponzoñosos de la fiebre
Que genera la noche de las almas.
¿Quién osa contener tanto tumulto
Y apaciguar el salto de las lavas?
Espíritus sin fe quieren la muerte,
Espíritus sin fe quieren la nada.
La lucha es sin cuartel. Ni árbol ni hombre
Debe quedar al fin de la batalla;
Quiere el gusano la podrida carne
Y el muérdago, festín de inculta savia.

Ya cuando borre el cuadro apocalíptico
El rojo negro horrible de sus manchas
Y cuando venga el sol con sus colores
Para el macabro saturnal del alba,
Entre las ruinas se hallarán sin duda
Nuevas flores surgiendo ensangrentadas...
¡Es el Amor que se ocultó en el cieno!
¡La Caridad que se quedó en las charcas!

1900.

El filibusterismo

A José Rizal.

Es grito de dolor, es catapulta,
Es un sol que chorrea sangre y lágrimas,
Como el sol filipino, triste y bravo
Que parece llorar y llora rabias.

¡Ah! En su fiebre de pesar y de ira,
Libre es por dentro quien por fuera es paria;
Nuevo Rouget de Lisle que solloza
Mientras hiere de muerte a la autocracia.

Filibustero, sí, y eso ¿qué importa?...
Así fueron los Cristos de las razas,
Y a pesar de las noches que corrieron,
Siempre encontraron al final las albas.

. . . .
. . . .

Cumplió su sueño, descansar lo eterno
En la encantada tierra de su patria...
¡Ya es feliz! Ya de todos sus hermanos
Se alza por él a Dios una plegaria.

1900.

¡ELLA!

A mi amigo J. S.

La faltó de tus fuerzas el apoyo
y fué triste sentencia que rodara...
Rodó, mas no tan bajo que llegara
Al nivel de las hembras del arroyo.

Aun no forma en la infame mascarada
que hizo el hastío y la traición sustenta:
esa leva es del crimen; ella alienta
otra pasión del crimen divorciada.

Aún sueña, de sus siestas estivales
dormirlas en la hamaca, la dulzura:
no pretende más marco su hermosura
que el marco sin rival de los nipales.

Es la vestal de siempre, sampaguita
que se colora hoy de pasionaria
al escuchar la estrofa funeraria
que a su esperanza tu traición recita...

¿Por qué cierras los ojos? ¡Esa es tu obra!
Ella está tan enferma y desgraciada,
porque la robas su ilusión sagrada,
y quien pierde la fe, no la recobra.

Mírala casi muerta en el abismo
de su suerte infeliz: ¡siempre la pena!
¡Siempre la noche de martirios llena!
¡Hasta el insulto cruel es siempre el mismo!

Mas ella en vano tu piedad implora:
a son de darla amor, amor la niegas,
y con la turba de bufones llegas
al festín del placer cuando ella llora.

No sabes comprender su inmenso duelo;
tu alma pigmea la piedad no abarca:
tú la quieres hundir en una charca,
y ella pretende remontarse al cielo.

. . . .
. . . .

¡Está muy bien! Apoyo por apoyo,
la doy el de mi amor; si es ley que ruede...
Ruede, mas no tan bajo que se quede
al nivel de las hembras del arroyo.

1901.



Mi caída

Un minuto más: oye... Te entregué el alma mía,
¿te olvidas?... toda mi alma; te amé cuanto podía,
más que a mi madre casi, mil veces más que a mí;
te di mi ser entero, y en mi delirio loco,
como amándote tanto creía amarte poco,
no hubo fibra en mi alma sin palpitar por ti.

Pasé muchos insomnios, sentí muchas angustias,
viví siglos y siglos de soledades mustias,
y hasta el infierno mismo crucé con mi dolor.
Dime, que bien lo sabes: ¿qué llantos no he vertido,
qué hieles no he gustado, qué luchas no he sufrido,
viéndote, allá en el término, brillando en mi Tabor?

Por ti fueron mis sueños de amor, sueños fanáticos
por ti fueron mis días glaciales y acromáticos,
y por ti fué mi vida tan triste y tan sin luz,
que, a veces, ya demente, desesperado y ciego,
queriendo alzarme al cielo de mi pasión de fuego,
sentí caer muy hondo con mi sangrienta cruz.

¡Oh!, aún está muy lejos: aún tengo aquí mis llantos,
aún tengo flores pálidas y auroras sin encantos,
y en medio de este páramo donde me dejas hoy,
de tanto como sufro y tanto que recuerdo,
ni sé ya lo que hago, ni sé por qué te pierdo,
ni sé por qué aún vivo, ni sé a qué mundo voy.

Ya nada sé: tan sólo comprendo que te adoro,
que te amo más que nunca, que, como un niño, lloro
viendo huir mis sueños con nuestro idilio en pos;
tan sólo sé que caen ya lacios mis placeres,
que no gustas ya oirme, que me olvidas y quieres
sola subir al cielo que creamos los dos.

Confieso que en mis noches, leyendo nuestra historia,
yo quisiera arrancarme corazón y memoria;
mas como siempre veo que surges ante mí,
y como soy tu esclavo, y tú mi reina amada,
mi corazón se rinde cobarde a tu mirada,
y beso mis cadenas, y me postro ante ti.

¿Qué importa quo yo sea como la inútil hoja
que, en medio del sendero, no hay nadie que la coja,
y todos, sepultándola, la pisan más y más?
¿Qué importa que se rían de mí, como de un loco,
si entre esos que se ríen ninguno habrá tampoco
que pueda darme un medio de no sentir jamás?

Yo tengo aquí mi pecho, y sus latidos sigo:
sus latidos me dicen que yo viva contigo
una vida, y toda ella sin ti, no quiero yo;
que si Dios me dió un alma para cruzar el mundo
fué para amarte sólo con un amor profundo,
amarte, amarte, siempre, pero olvidarte, no.

Ahora mientras caigo del trono en que me alzaste,
si quieres la limosna de amor que me entregaste,
tómala, que, sin ella, mi abismo rodaré,
sin luchas, sin protestas, cual despeñada ola,
y de este amor sin límites con la memoria sola,
aquí o en donde sea, te guardaré mi fe.

¡Adiós flor de mis sueños! Ya siento aquí el hastío,
ya siento en mis arterias serpentear el frío
de aquel poema hermoso que al cielo nos llevó;
ya ahora no son mías tu voz ni tu mirada,
no oigo ya tus risas, ya no soy nada... nada...
pero, olvidado y todo, ¡cómo te adoro yo!

1901.

¡Ven, oh paz!

Las flores han muerto: el campo
Sólo es siembra de sangre,
Y su alcatifa de césped
Es panteón de cadáveres.

En vez de bellas auroras
Y de misteriosas tardes,
La llama de los incendios
Fulge y quema los hogares.

Ya nadie a nadie conoce:
¡Cómo las negras pirámides
De tristes e ingentes sombras
El espacio todo invaden!...

Huyó el iris: las libélulas
No buscan los frescos cálices,
Las aves y mariposas
Dejaron ya los ramajes.

No hay color en el espacio,
Ni aura que trove cantares,
Hasta nuestros sueños mismos
Sueltan las alas y parten.

¡Cómo conservar nuestra alma
Poemas de amor brillantes?...
En llorosas elegías
Se truecan los madrigales.

Y en medio de las negruras
Y a través de la vorágine,
Nuestros corazones tiemblan
Y nuestros cerebros arden.

El relámpago destruye;
Los truenos en los eriales
Con sus tumbos estremecen
Los espíritus cobardes.

Y todo arde, todo choca,
Todo se derrumba y cae,
¡Un cuadro del Apocalipsis!
¡Todo el poema del Dante!

....
....

¿Será eterno el otoño de estas hojas?
¿Caerán siempre tantas nobles vidas?
¿No acabarán jamás estas congojas?
¿No se hartarán las armas fratricidas?

¡Jamás eso fué ley! Los choques rudos
Siempre engendraron luz, albas las noches:
En los campos con sangre, hoy desnudos,
Flores futuras abrirán sus broches.

Mas, mientras ruge el huracán insano,
Gime la madre desolada y triste:
«Hoy el hombre del hombre no es hermano;
¡Cristo murió; pero Caín existe!»

1901.



Al Mártir Filipino

En la calma tranquila o la tormenta
Cuando cierra la noche o brota el rayo,
Lo mismo en el ardor que en el desmayo
Es tu nombre el que sólo se oirá.
Es que todos afirman que te quieren,
Es que todos publican que te adoran:
Cuantos de entre ellos... ¡con los ojos lloran!
Si nadie los oyera... ¿te querrán?
Idolatría que en la boca vive
Les hace siempre enaltecer tu fama;
Pero acceder cuando tu voz les llama,
¡Inútil!, ¡a tu voz no acudirán!

1901.

La última visión

Hermosa: la carne llena,
Boca linda, tez morena
— ¡La morena de mi tierra! —,
Languidescentes los ojos,
Negro el pelo, labios rojos.
Cuando me mira, me pasma;
Cuando ríe, me entusiasma
— ¡Misterios de simpatía! —;
Y es su belleza tan rara
Que otra igual no se encontrara.
En mis sueños, me visita;
Si ríe, al amor me incita
— ¡Oh capricho de las diosas! —;
Mas ¿cómo darla morada
En un alma lacerada?
Ya el melancólico pecho
Por el quebranto deshecho
— ¡Nidal pobre, abandonado! —,
Lo azul que brilla no advierte
Ni adora más que la muerte.
Ya la amorosa ilusión
No hace ronda al corazón
— A ningún corazón huérfano —,
Y las mismas mariposas
Huyen de las mustias rosas.

El amor se va... En el mundo
Hoy rige el dolor fecundo
— ¡El amigo de las almas! —
Él es el único autócrata
De esta sociedad demócrata.
Pasa, visión; huye, diosa;
Pasa, cuanto más hermosa
— ¡Oh lo hermoso, flor de engaño! —;
No me brindes tus caricias,
Tus néctares, tus delicias.
Yo tengo mi itinerario:
No al Paraíso, al Calvario
— ¡Lo que me ha trazado Dios! —;
Pasa, ángel: en vano insistes;
El Edén no es de los tristes.

1901.



Filipinas por Rizal

El clangor de las balas aquel día
anunció, al estallar, la idolatría
del pueblo al héroe. Idolatría ardiente
que no hay pliegue en el alma que no agite,
sitio en el pecho donde no palpite
o latido en el ser en que no aliente.

Homenaje grandioso al heroísmo,
el amor a Rizal fué siempre el mismo.
¿Hay alguien, por ventura, que adormezca
su vibrante calor? Nadie lo puede;
que mientras uno de la raza quede,
es imposible que Rizal perezca.

Lo dijo él mismo: *aroma* en nuestras flores,
luz en el cielo, en el pincel *colores,*
desde su tumba a su país se abraza,
y es el *rumor* del viento embravecido
canto en el arpa, en el frondal, *gemido,*
para vivir por siempre con su raza.

Y vivirá. ¿Qué extraño es que su vida
se eternice en la Patria redimida,
si aquel amor que despuntó en su muerte,
aunque nació a los bordes de una tumba,
es un amor que nunca se derrumba,
tanto más inmortal cuanto más fuerte?

Ya no es la Patria aquella turba ignara
a quien rudo el error calificara
de fantoche con síntomas de vida:
la Patria es ésta que en el duelo llora;
idólatra, en sus mártires adora,
y, a despecho del tiempo, nunca olvida.

Es la misma de ayer, siempre amorosa:
mancharla pudo la mentira odiosa;
mas hoy está de aquel borrón exenta,
que allí donde cayera el Gran Patriota
allí quedó la muchedumbre ilota,
de allí surgió la multitud redenta.

¿Qué pueblo se mantuvo estacionario?
Camino del Tabor o del Calvario
todos van por su senda hacia arriba,
y no será tan sólo Filipinas
quien, después de vivir entre las ruinas
del pasado, la aurora no perciba.

No, no será: por el terreno abrupto
cruzará vigoroso e incorrupto,
porque Rizal le llama a la grandeza,
y con Rizal, o morirá en la Historia,
o subirá triunfante hasta la gloria
demostrando a las gentes su entereza.

Siempre se ha consagrado Filipinas
al que sembró en su seno las doctrinas
del patrotismo vigoroso y sano,
que cuanto más perdura, más se inflama.
Quien nació filipino a Rizal ama:
¿hay alguno que no?; pues no es su hermano.

1901.



Rizal en capilla

En la pequeña estancia, la luz pálida
alumbra al reo; fuera,
la dormida ciudad con su pesado
silencio de necrópolis desierta...
Quedan horas no más... Ya es el instante
en que todo refluye a la conciencia;
en que, a través de todos los recuerdos
y todos los amores y quimeras,
el alma quiere mucho más la vida,
porque la muerte más y más se acerca...
¡Hora sombría en que sudó con sangre
el mismo Cristo en la sagrada huerta!...

Quedan horas no más para el martirio.
El alma que ya se acecha
es el alma que quiere nubes rojas,
pero rojas con sangre de las venas.
Cada minuto más la va acercando,
fatal, inevitable... El reo espera,
vibrante el corazón, opresa el alma,
pero tranquilo el rostro y la conciencia.
Allí quedan *sus padres, sus hermanos,*
en el perdido hogar; más allá deja
a la dulce extranjera, su alegría,
y sobre todo amor, su *amada* tierra.

¡Oh, la tierra de todos sus encantos,
la idolatrada tierra,
dolor de sus dolores de patriota
y sueño de sus sueños de poeta!
Rápidos, en tropel, sólo a su nombre,
como nubes compactas de tormenta,
luchas, melancolías, desalientos
acuden, se abalanzan, se atropellan
y llenan el espíritu del reo,
resonando ecos de perdidas épocas
con la dulce quimera de una Patria
que resurge triunfante de la ciénaga.

Era la Patria que llenó su vida.
Como santa promesa,
allá, en la proscripción, brilló animando
su corazón de bronce a la pelea.
Lo recordaba: desolado, loco,
la vió llorar, se estremeció a sus quejas,
y sintióse morir con sus angustias,
y sintióse ahogarse con sus penas...
Nadie estaba en redor; ¡nadie!... tan sólo
unas sombras muy lúgubres, muy densas,
unas sombras que todo lo envolvían,
porque la podre horrible no se viera.

Y fué entonces. Cual vívido relámpago
horadó las tinieblas,
el rayo de su noble pensamiento,
despertando a las masas. Tronó recia
su voz de apóstol, y el enjambre mudo
de ilotas escuchó: — «¡La Patria es ésta!»
¡Sólo entonces cayeron de rodillas!,
¡sólo entonces supieron conocerla!...
Corrió en la multitud hervor de fuego,
eléctrica explosión de vida nueva,
un ansia de elevar aquella Patria
al bello Sinaí de las grandezas.

Y estalló fragorosa la borrasca...
Hoy, desde aquella celda,
parece percibir rumor de lucha
encarnizada, pertinaz, violenta.
¡Son los cruzados de Simoun que acuden
y se lanzan pujantes a la arena,
son los nobles ilusos que pretenden
ascender hasta el triunfo de su idea
con el vuelo del águila gloriosa,
sin otras alas que su fe sin mengua!...
¡No caerán como Ícaro! — está escrito — :
¡Los que van con la Patria, siempre llegan!

Él llegaba también. La noche huía,
y con palidez tétrica
la luz temblaba sus fulgores últimos
envueltos en la agónica tristeza.
Oye el reo anhelante... ¡Ya es el alba!
¡Son los soldados que a llevarle llegan!
¡Es la hora tenebrosa de la muerte!...
¡La muerte misma que fatal se acerca!
Todo se pierde en el horrible caos
del cerebro estallante, y sólo encuentra
— luz única — la Patria por quien muere,
triunfadora, sublime, resurrecta...

Poesía premiada con el segundo premio en el Certamen del Club Internacional, el día 19 de Junio de 1902.




UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 00107 3520

